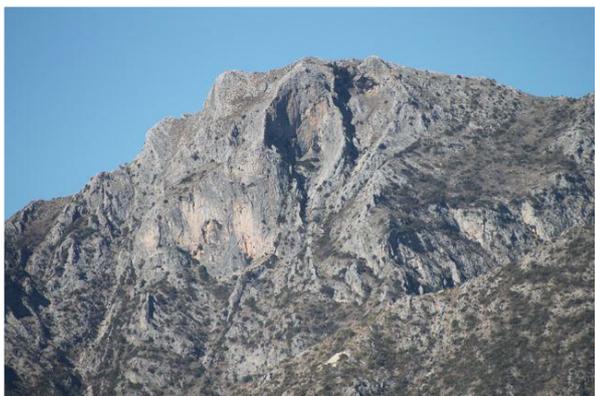


NUESTROS GRANDES MAESTROS

La vida transcurría entre juegos, aprendíamos sin ser conscientes muchas cosas debido a esta aptitud innata que tienen los niños de comenzar a conocer el mundo que les rodea a través de ellos. Como todos los niños, estábamos rebosantes de una energía que parecía inagotable y que conseguía mantenernos inquietos durante todo el día. También nos dominaba la curiosidad y con ella podíamos aventurarnos a descubrir lo que para nosotros era un mundo desconocido.

Sin duda la curiosidad es una aptitud fundamental para el aprendizaje en los seres humanos y en la gran mayoría de los seres vivos, sin ella sería muy complicado adquirir conocimientos y tener la oportunidad de vivir distintas experiencias.



Era la curiosidad la que a veces me hacía mirar con atención hacia aquella montaña, me parecía lejana y misteriosa, me atraía poderosamente, sentía la necesidad de conocerla.

Satisfacer ese deseo era solo cuestión de tiempo, a pesar de años de espera la curiosidad seguía intacta y mis deseos por conocer aquella montaña comenzarían a ser una realidad gracias a mis amigos. Ellos también sentían la misma curiosidad por conocer esa sierra y estaban dispuestos a adentrarse en su interior para descubrir sus secretos a través de sus veredas.

Por aquellos años era frecuente ver a un gran número de grajillas frecuentando las zonas de cultivo y los bandos de avefrías regresaban un año más recordando que pronto llegaría el invierno. Mientras, el gran divulgador Félix Rodríguez de la Fuente ofrecía cada semana un nuevo capítulo de la fauna ibérica en su programa el hombre y la tierra. Estos interesantes programas nos impactó bastante y mis amigos y yo los seguíamos con atención.

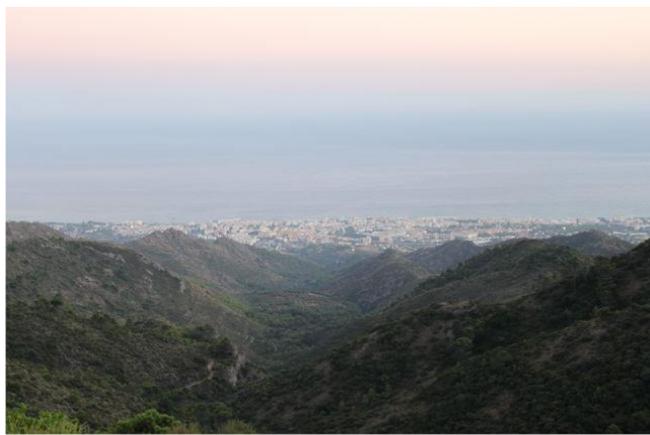
La sierra de Marbella comenzó a ser cada semana el lugar ideal para investigar y aprender de la fauna que Félix nos ofrecía en sus maravillosos capítulos del hombre y la tierra. Queríamos ver esos animales, esas rapaces, esas aves que veíamos en televisión. Nuestra curiosidad y las ganas de aventuras hicieron que nos adentrásemos en aquel macizo en la búsqueda de esos seres maravillosos que protagonizaban los programas de este gran divulgador.

Semana tras semana recorríamos las veredas solitarias de nuestra sierra y poco a poco las íbamos conociendo. Estábamos descubriendo lugares desconocidos para nosotros y cada una de estas excursiones estaba cargada de emoción. A la vez que descubríamos la sierra, caminábamos por ella despacio y con sigilo, tratábamos de agudizar nuestra visión para no perder detalle de lo que ocurría a nuestro alrededor, nuestro amigo Félix nos estaba enseñando bien y observábamos con atención cualquier rastro de los animales a través de las huellas, los sonidos y sus excrementos.

Lo que al principio era una diversión se estaba transformando con el paso del tiempo en una afición y una pasión de la cual no nos podíamos desprender. Aunque no éramos muy conscientes estábamos aprendiendo muchas cosas en esa fuente casi infinita de conocimiento que es la naturaleza. Para aprender de ella había que ser pacientes y estar vigilantes ante cualquier movimiento. Solo así seríamos partícipes de los acontecimientos que con frecuencia tenían lugar en el entorno natural. Nuestra actitud se veía normalmente recompensada con momentos cargados de emoción y escenas de gran belleza, disfrutábamos mucho cuando teníamos la ocasión

de contemplar con detenimiento los grupos de cabras monteses haciendo verdaderas proezas por lugares de difícil acceso, recuerdo también cuando pasábamos horas agazapados mientras observábamos con atención al pico picapinos entrar y salir del agujero que pacientemente había construido en el tronco de un árbol mientras alimentaba afanosamente a sus pequeños. Eran muchas las observaciones, la gran mayoría de ellas acompañadas de fantásticas escenas que lográbamos ver con detenimiento y que serían de vital importancia para conocer cómo se desarrollaba la vida salvaje en nuestro medio natural.

A veces, las incursiones que realizábamos por nuestra sierra llegaban a alcanzar sus cotas más altas, experimentábamos esa llamada poderosa que nos envía la montaña y sentíamos la necesidad de alcanzar su cumbre. Finalmente el esfuerzo para llegar siempre se veía recompensado con sus espectaculares vistas. Me gustaba estar en esos lugares tan altos, en mi interior se manifiesta la sensación de libertad, estaba rodeado de naturaleza y aislado de cualquier lugar civilizado esa percepción me alejaba durante esos momentos de las ataduras que nos imponen la sociedad.



Desde aquella atalaya contemplaba la inmensidad del mar y el caserío de Marbella destacaba por su luminosidad en aquel amplio paisaje, intentaba imaginar el pasado histórico y social de esta ciudad y sobre todo cuál sería su futuro, me preocupaba que gran parte de esta naturaleza que me rodeaba acabara siendo devorada por un urbanismo incontrolado alentado por la codicia y la inconsciencia humana, sentía que aquella naturaleza no podía dejarla abandonada a su suerte y debía ser partícipe de su defensa.

La curiosidad sigue intacta en mi interior y a lo largo de todos estos años mis viejos amigos y yo hemos aprendido mucho del mundo natural que nos rodea, nos ha enseñado que los seres humanos estamos obligados a valorarla y contar con ella incluso en los distintos ámbitos sociales y económicos si queremos seguir teniendo un futuro en nuestro planeta.

Debemos abrir los ojos y aprender de esa gran maestra que nos acompaña diariamente, que está a nuestro alrededor. Contéplala con atención y ella te enseñara sus secretos.

*El 14 de Marzo de 1980 falleció el gran divulgador de nuestra naturaleza **Félix Rodríguez de la Fuente**.*

Sus enseñanzas a través de las series de televisión fueron determinantes para que miles de jóvenes siguieran sus pasos y aprendieran a conocer la naturaleza y defenderla.

Su legado sigue presente entre nosotros.

Antonio Figueredo Navarrete

Miembro de la Sociedad Española de Ornitología. SEO
Secretario y socio fundador de Marbella Activa.

<http://marbellaalnatural.blogspot.com>